

Ese gran espacio de catedral  
que fue la infancia.

VIRGINIA WOOLF

EL BAILE DE LA MAREA

HERVÍA la arena negra. Tuve que caminar rápido, sobre piedras y conchas y pedazos de plástico y largas semillas de mangle, hasta sentir en mis pies de niño el frío bálsamo de la marea. No había nadie, salvo un viejo indígena metido hasta la cintura en las olas, pescando con un hilo casi invisible que lanzaba y luego enrollaba entre su palma y su codo.

–Deme la mano –dijo mi papá–. La marea está muy fuerte.

–Yo quiero solito.

–Que me dé la mano, le digo.

Permanecimos un rato así, en silencio, él agarrando mi mano con algo de tosquedad, ambos metidos hasta las rodillas en el agua fresca y espumosa.

–Yo me ahogué en este mar.

No entendí. Busqué su rostro hacia arriba.

–Tenía más o menos su misma edad cuando me ahogué en este mar.

Mi papá hizo una pausa, esperando a que pasara una fila perfecta de pelícanos, quizás ocho o diez pelícanos, sus panzas blancas raspando ligeramente la superficie del agua.

–No me ahogué aquí, en Sipacate, sino más hacia allá –dijo mirando a su izquierda–, en la playa de Iztapa.

Lejos, en el horizonte, un inmenso buque carguero no avanzaba.

–Una tarde me metí a nadar pese a las advertencias, y sin darme cuenta ya me había alejado demasiado de la costa. Por más que luchaba, y pataleaba, y trataba de regresar, la marea seguía arrastrándome mar adentro, cada vez más fuerte y más lejos. Hasta que me ahogué.

Sentí algo en el vientre que hoy, ahora, describiría como miedo.

–Me salvó un soldado de la marina norteamericana.

Escuchaba a mi papá hablar, pero no quería verlo. Me puse a contar olas.

–Esa tarde había un soldado norteamericano en la playa, asoleándose o tal vez paseando, no sé. Pues él vio lo que me estaba ocurriendo o tal vez alguien le anunció lo que me estaba ocurriendo, y se lanzó al mar y nadó hasta alcanzarme y me sacó ya muerto a la playa, donde él mismo me revivió.

No dijo más y yo me quedé observando al viejo indígena pescando en precario equilibrio con la marea, con las olas, y me estremeció comprender que mi padre había tenido entonces mi misma edad, que mi padre había muerto a mi misma edad antes de que un soldado naval norteamericano –a quien yo en ese momento me imaginé de proporciones colosales– lo sacara del mar y le devolviera la vida. Quería preguntarle cosas a mi padre. Preguntarle qué hubiera pasado si el soldado naval

norteamericano no hubiese estado allí, tomando el sol o paseando, la tarde que él murió ahogado en el mar. Preguntarle quién hubiera sido entonces mi padre si él hubiese muerto aquella tarde en el mar. Quería preguntarle a mi padre quién sería yo sin mi padre.

–Vamos –me dijo o quizás me preguntó.

Durante un tiempo aún pude sentir el baile de la marea en mis piernas.

POLVO

TEMBLÓ a las tres horas, tres minutos, treinta y tres segundos de la madrugada, exactas, como si alguien, en algún búnker secreto lleno de mapas y botones rojos, así lo hubiese planificado. Siempre me agradó esa perfección numérica. Yo era muy niño entonces, en febrero del 76, y recuerdo sólo imágenes puntuales de esa noche. Hacerme el dormido para que mi papá me cargara hacia fuera. Mi mamá sentada en el césped, siete meses embarazada, con mi hermano menor aún durmiendo profundamente sobre su regazo. El arribo imprevisto de tíos, primos y abuelos. Las sirvientas llorando en silencio mientras, con las primeras luces del amanecer, cargaban por el jardín una bandeja llena de magdalenas y tazones de café caliente. Los gritos de mi tío porque todos los primos estábamos jugando tenta a la par de unos cristales rotos, felizmente, sin entender que en los cuarenta y nueve segundos que había durado el terremoto habían fallecido, se estimaría después, casi treinta mil personas; sin poder entender que era de muy mal gusto estar feliz.

—Karadagian. Vení para acá.

Se llamaba Benny. Era el hermano más pequeño, y aún soltero, de mi papá. No sé por qué me decía Kara-

dagian, de Martín Karadagian, de la lucha libre argentina Titanes en el Ring.

—¿Sabés vos qué está pasando?

Sacudí la cabeza. Traté de escabullirme de vuelta al juego de tenta, pero mi tío se agachó y me tomó de los brazos.

—Escuchame. ¿Sabés o no?

Yo lo único que sabía era que no había colegio, que mis primos vivirían unos días con nosotros, que de vez en cuando sentía un leve mareo porque todo se ponía a vibrar un poco.

Aunque trabajaba de ingeniero en una fábrica coreana de la Petapa, mi tío Benny mantenía siempre a la vista, en ese espacio del carro justo encima de los asientos traseros, su casco rojo de bombero voluntario. Eso me gustaba. Hacía que me sintiera seguro. Me recordaba a Superman. Un hombre típico, trabajador, ordinario, casi aburrido que, con sólo entrar a la parte trasera de un carro y cambiar de uniforme, podía transformarse en un héroe y adquirir todo tipo de poderes. Me daba esperanza, supongo. Sólo hacía falta encontrar mi propio uniforme.

—¿Te gusta a vos tu casa?

No entendí la pregunta.

—¿Que si te gusta a vos tu casa?

—Ajá.

—¿Y sabés cuánta gente se quedó hoy sin casa?

Alcé los hombros. Mi tío suspiró con decepción, poniéndose de pie y encendiendo un cigarrillo. Llegó mi

hermanito. Me agarró la playera con una mano y se quedó quieto a mi lado, como queriendo ser parte de todo, incluido un regaño.

–Vayan y miren bien su casa, ¿me oyeron? –dijo mi tío Benny con mucho humo, y los dos entramos corriendo.

Más allá de algunas grietas en las paredes, nuestra casa se había dañado poco. Y el desorden de las primeras horas –macetas y lámparas tumbadas, libros caídos de sus repisas, cuadros torcidos, sillas volteadas o en lugares equivocados– fue velozmente compuesto por Pía y Márgara, Piedad y Margarita, las sirvientas.

El polvo, claro, duró un poco más.

Todo había amanecido velado por una capa de polvo muy fino, muy blanco, como si alguien, durante la noche, hubiese decidido esparcir un bote entero de talco. Mi hermano y yo, entonces, sentados ya en un largo pasillo, nos pusimos a dibujar con el índice figuras muy rudimentarias sobre el piso de granito color crema: casas, árboles, carros, trenes, montañas, el sol y la luna y una nube, familias de palos con caritas alegres o caritas tristes. Éramos demasiado niños para escribir palabras. Al rato llegaron Pía y Márgara y pasaron sus trapeadores por todo el pasillo y nosotros, incrédulos, observamos nuestros dibujitos poco a poco desaparecer. Entramos rápido al baño de visitas y en la semipenumbra (no había electricidad) dibujamos sobre las baldosas, en el lavamanos, en la tapadera del inodoro, hasta que de nuevo llegaron ellas y lo borraron todo con sus trapos y tra-

peadores. Luego, en la sala, en los dormitorios, en el estudio de mi papá. Pía y Mágina entraban unos minutos después que nosotros y desde la puerta contemplaban nuestros trazos infantiles, riéndose tímidamente entre ellas antes de echarnos con simpatía y ponerse a limpiar. Con mi hermano, de una manera muy ingenua, por supuesto, entendíamos la intemporalidad de ese juego, y nos marchábamos corriendo en búsqueda de nuevos y más grandes lienzos por toda la casa. Y el final de esa búsqueda, el último espacio todavía empolvado de la casa, fue el clóset de mis papás.

Era un clóset inmenso, aún más inmenso en el panorama de un niño. La ropa de mi papá estaba colgada de un lado, la ropa de mi mamá del otro. Nos sentamos en medio, reconfortados equitativamente por ambos olores, mal iluminados por una ventanita en alto que daba al jardín. Debido a los gritos de afuera, era evidente que mis primos habían iniciado un juego de uno, dos, tres, cruz roja.

Yo estaba dibujando algo sobre el piso de madera cuando sentí o percibí que mi hermano ya no. Alcé la vista y en la suave luz todavía logré distinguir su silueta metida entre los sacos y abrigos de mi papá colgados a mediana altura. Seguí dibujando con el dedo. De pronto se detuvo el frufrú de sacos y abrigos. Pero yo seguí dibujando a pesar del silencio o quizás aún más tranquilo, aún más concentrado debido al silencio. Sabía que mi hermano continuaba allí, escondido en la ropa de mi papá, aunque habían transcurrido ya varios mi-

nutos sin ningún ruido, nada, ni los sacos rozándose entre sí, ni sus pasitos crujiendo sobre la duela, ni siquiera su respiración.

En eso escuché un tronido seco. Levanté la cabeza. Volví a escuchar ese mismo tronido seco, áspero, breve, irreconocible. La ropa empezó a moverse muy ligeramente, como por una frágil brisa. Hice un esfuerzo visual y logré distinguir la sombra que era mi hermano surgir de entre los sacos oscuros y quedarse allí, de pie, enfrente mío, inmóvil, torpemente sosteniendo en sus dos manitas una pistola negra.

—Sht, joven, pero qué hace.

Sin ningún titubeo, Pía tiró al piso su trapeador y arrebató la pistola de las manos de mi hermano y se quedó agarrando la cosa negra entre pulgar e índice, con asco, como si fuera un gran pájaro muerto.

•

Mi tío Benny pasó a las siete en punto de la mañana. Había convencido a mis papás de que me haría bien acompañarlo, en su turno como bombero voluntario, a varias de las zonas más devastadas por el terremoto. La noche anterior, durante una cena concurrida y jocosa, había dicho que ya era hora de que yo, Karadagian, conociera «esa otra ciudad», y recuerdo imaginarme, alegremente, que haríamos juntos un largo viaje a una ciudad distinta, mágica, quizás llena de resbaladeros y piscinas. La mañana siguiente, entonces, yo estaba ya